

Aquella taciturna reja era una encubridora.

Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer más ruido que si fuese un soplo. Parecía andar con las patas afelpadas del tigre.

Un momento después, esta providencia de la mala catadura desaparecía en lo invisible.

Juan Valjean se encontró fuera.

IX

DE CÓMO MARIO PARECE MUERTO Á UNA PERSONA
QUE LO ENTIENDE

Colocó á Mario en un ribazo.

¡Estaban fuera!

Detrás quedaban los miasmas, la obscuridad, el horror; inundábalos ahora el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría, respirable. En derredor el silencio; pero era el apacible silencio del sol, oculto ya bajo azulados horizontes.

La hora del crepúsculo había pasado y se acercaba á toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situación. El cielo se ofrecía por todas partes como una calma enorme. El río llegaba hasta los piés de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Elíseos. Algunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del zénit y visibles sólo á la meditación, formaban en la inmensidad cortos é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada que no dice ni sí ni no. Había ya bastante obscuridad para poder

eclipsarse á cierta distancia y bastante día aún para conocerse de cerca.

Durante algunos segundos se sintió Juan Valjean vencido irresistiblemente por toda aquella serenidad augusta y halagüena. Hay ciertos minutos de olvido en que el padecimiento cesa de oprimir al miserable; en que todo se abisma en la idea; en que la paz, cual si fuese la noche, cubre al pensador, y bajo el crepúsculo que irradia, y á imitación del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Juan Valjean no pudo menos de contemplar la sombra inmensa y vaga que por cima de él se extendía; y, pensativo, tomaba en el majestuoso silencio del eterno cielo un baño de éxtasis y de oración. Después, vivamente, como si el sentimiento del deber le asaltase, se inclinó hacia Mario, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron, y, sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir de nuevo la mano en el río, cuando de improviso sintió ese embarazo que se siente al tener detrás de sí alguna persona sin verla.

En otra parte hemos indicado ya esta impresión, conocida de todos.

Se volvió.

Como poco antes, había, en efecto, una persona detrás de Juan Valjean.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, con los brazos cruzados y llevando en la mano derecha una macana con puño de plomo. Estaba de pie á corta distancia del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Con el auxilio de la sombra, ofrecíase á la vista como una aparición. Un hombre sencillo se hubiera

asustado á causa del crepúsculo y un hombre de reflexión á causa de la macana.

Juan Valjean conoció á Javert.

El lector habrá, sin duda, adivinado que el perseguidor de Thenardier era Javert.

Javert, después de su inesperada salida de la barricada, se dirigió á la prefectura de policía, dió cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona y continuó luego su servicio, que implicaba, según la nota que se le encontró, cierta inspección del ribazo de la orilla derecha en los Campos Elíseos, la cual hacía tiempo que despertaba la atención de la policía. Allí vió á Thenardier y se puso á seguirle. Se sabe lo demás.

Compréndese también que el abrir tan obsequiosamente aquella reja á Juan Valjean, era una habilidad de Thenardier. Thenardier sentía siempre allí á Javert. El hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Era preciso arrojar algo que roer á aquel sabueso. Un asesino. ¡Qué hallazgo! No conviene desaprovechar tales fortunas. Thenardier, haciendo salir en su lugar á Juan Valjean, proporcionaba una presa á la policía, que así desistiría de perseguirle y le olvidaría ante un asunto de mayor importancia; recompensaba á Javert de su espera, lo que lisonjea siempre á un espía, ganaba treinta francos y se prometía entretanto una fácil evasión.

Juan Valjean había pasado de un escollo á otro.

Aquellos dos encuentros seguidos, caer de Thenardier en Javert, era duro á la verdad.

Javert no conoció á Juan Valjean, quien, como hemos dicho, no se parecía á sí mismo. Sin separar los brazos, aseguró mejor la macana por un movimiento imperceptible y dijo con voz seca y tranquila:

—¿Quién sois?

—Yo.

—¿Quién?

—Juan Valjean.

Javert cogió la macana entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, colocó en los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, le examinó y le conoció. Casi se tocaban sus rostros. La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permaneció inerte, bajo la presión de Javert, como un león que consintiese la garra de un lince.

—Inspector Javert,—dijo,—estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Apoderaos de mí. Sólo os pido una cosa.

Javert parecía no escuchar. Tenía clavadas en Juan Valjean sus pupilas. La barba fruncida empujaba los labios hacia la nariz, señal de meditación feroz. En fin, soltó á Juan Valjean, se levantó de golpe, cogió de nuevo la macana y como un sueño, murmuró, más bien que pronunciar, esta pregunta:

—¿Qué hacéis ahí? ¿Quién es ese hombre?

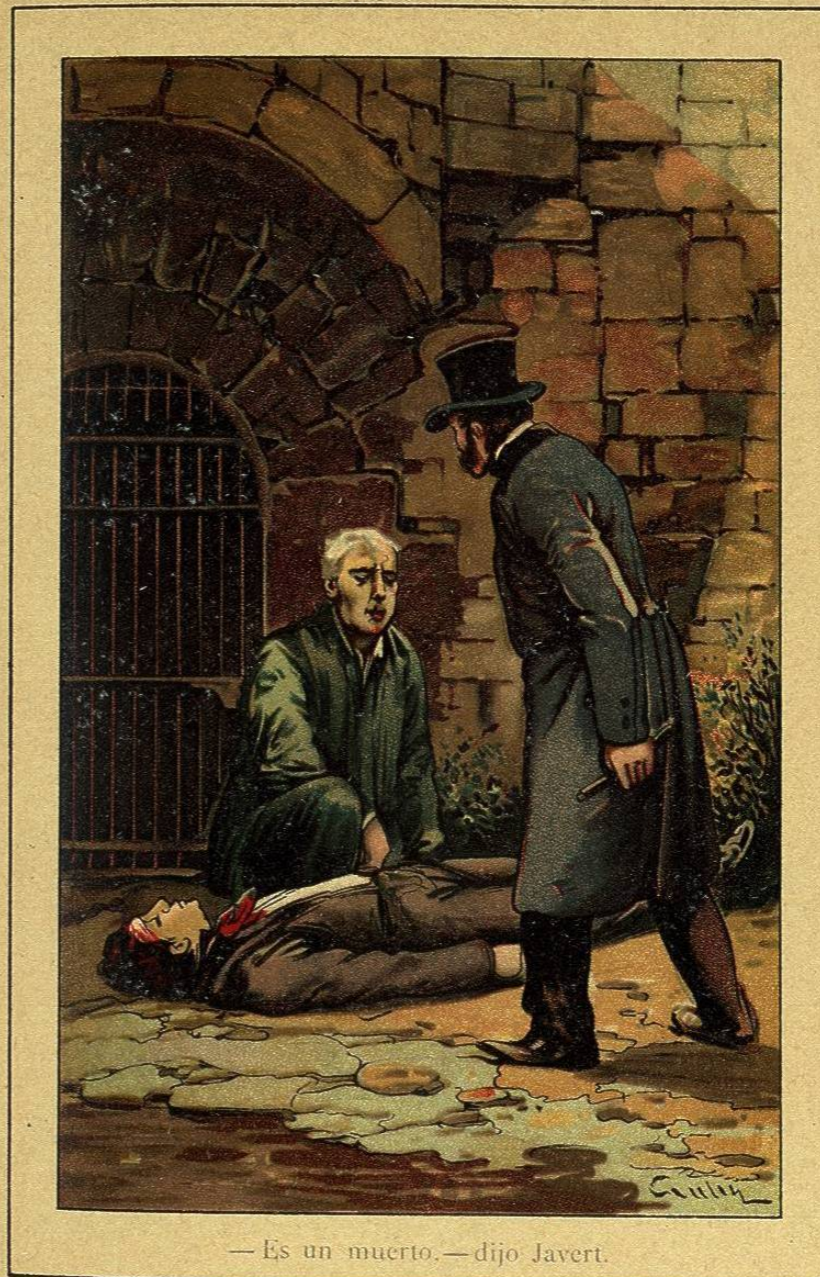
Seguía sin tutear ya á Juan Valjean.

Juan Valjean contestó y el tono de su voz pareció despertar á Javert:

—Cabalmente de él quería hablaros. Disponed de mi persona lo que os plazca; pero antes ayudadme á llevarle á su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que alguien parecía creerle capaz de una concesión. Sin embargo, no respondió negativamente.

Inclinóse de nuevo, sacó del bolsillo un pañuelo que humedeció en el agua y limpió la frente ensangrentada de Mario.



— Es un muerto. — dijo Javert.

—Este hombre estaba en la barricada,—dijo á media voz y como hablando consigo mismo.—Es el que designaban con el nombre de Mario.

Conociase en esto al espía por excelencia, que lo había observado, oído, entendido y recogido todo, creyendo morir; que espiaba hasta en la agonía y que, con el pie en la primera grada del sepulcro, había tomado notas.

Cogió la mano de Mario y le pulsó.

—Es un herido,—dijo Juan Valjean.

—Es un muerto,—dijo Javert.

Juan Valjean respondió:

—No. Todavía...

—¿Le habéis traído, pues, aquí desde la barricada?—observó Javert.

Necesitábase que su preocupación fuese muy profunda para no insistir en aquella fuga, al través de la alcantarilla, ni siquiera notar el silencio de Juan Valjean después de su pregunta.

Juan Valjean, por su parte, parecía no tener más que un pensamiento.

—Vive,—continuó,—en el Marais, calle de las Monjas del Calvario, en casa de su abuelo... No me acuerdo cómo se llama.

Juan Valjean registró la levita de Mario, sacó la cartera, la abrió en la página donde Mario había escrito con lápiz y se la mostró así á Javert.

Había aún en el aire suficiente claridad flotante para que se pudiera leer; además de que los ojos de Javert poseían la fosforescencia felina de las aves nocturnas. Leyó las pocas líneas escritas por Mario y dijo entre dientes:

—Gillenormand, calle de las Monjas del Calvario, número 6.

Luego gritó:

—¡Cochero!

No se habrá olvidado el carruaje de plaza que esperaba para un caso de necesidad.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento después el carruaje, bajando por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo. Mario fué colocado en el asiento del fondo, y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento delantero.

Una vez cerrada la portezuela, alejóse el coche rápidamente, subiendo por los muelles en dirección de la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, perfil negro en el pescante, arreaba á sus escuálidos caballos. Silencio glacial dentro del carruaje. Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en una de las esquinas, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando y las piernas tías, parecía no aguardar ya más que el ataúd. Diríase que Juan Valjean estaba hecho de sombra y Javert de piedra; y en aquel tenebroso carruaje, cuya parte interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñía de una luz lívida, cual si proviniera de un relámpago intermitente, la casualidad había reunido y como situado, una frente á otra, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA

A cada vaivén del carruaje, una gota de sangre caía de los cabellos de Mario.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Monjas del Calvario.

Javert fué el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquélla era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera que figuraba, según el estilo antiguo, un macho cabrío y un sátiro frente á frente, y le dejó caer con fuerza. Entreabrióse apenas la puerta y Javert la empujó. El portero apareció á medias, bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa. En el Marais se acuestan temprano, sobre todo en los días de motín. Aquel bueno y vetusto barrio, asustado por la revolución, se refugia en el sueño, así como los niños, cuando oyen que viene el Coco, se cubren la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Mientras así le conducían, Juan Valjean introdujo